

### ***El problema de la inseguridad***

Cuando recién llegué, una amiga que vive hace años en Estados Unidos me había sugerido que probara la app Bumble para hacer amigas. Me dijo que a ella le había dado resultado. Me bajé la app, pero en ese momento no le di importancia. No sé por qué, pero supongo que no confiaba en que un sistema pensado para el levante pudiera ser útil para generar otra clase de vínculos.

Hace un par de meses vi que todavía tenía instalado Bumble en mi celular y, en una de esas noches de pantalla y ansiedad, se me ocurrió abrir la app y ver con quién me encontraba. Mi perfil, por cierto, no era muy atractivo: solo decía que soy nueva aquí y que me gusta la cerveza. Al final, puse dos emojis -la bandera de argentina y el símbolo de la vacunación. Empezaron a aparecer perfiles y yo a deslizarlos con el pulgar hacia la izquierda y hacia la derecha. A los pocos minutos, un match: otra chica que también había usado el emoji de la bandera argentina.

No recuerdo quién habló primero, y a los fines de la anécdota, eso no importa. No dejé pasar mucho tiempo hasta que le pregunté “¿Qué es lo que más te gusta de Berlín?”. Su respuesta, concisa, llegó a los pocos minutos: “la seguridad. En Argentina ya no se podía vivir”.

Por supuesto, imagino a qué se refiere: a que en Alemania es muy poco probable que una persona más pobre que vos venga a asaltarte, o a que podés caminar sola en medio de la noche escuchando música con auriculares sin sentir que estás en peligro. A que podés, incluso, recorrer lugares desolados, de esos que abundan.

Sin embargo, me quedé pensando en la palabra que usó, “seguridad”, y no pude encontrar en mí misma más que su antónimo, “inseguridad”. Inseguridad por habitar un lugar cuya lengua te es extraña. Inseguridad al firmar un contrato de alquiler que no entendés, pero que tenés que firmar igual porque no te queda otra. Inseguridad por no saber a cuál de las tres ginecólogas que hablan castellano acudir. Inseguridad al no entender nada de un mensaje de voz, aunque el mensaje sea “esta oficina está cerrada, nuestros horarios de atención son...”. Inseguridad que te invade

cuando te quedás con un producto defectuoso que te vendieron porque, simplemente, no sabés cómo ni a quién hacerle un reclamo.

Hay también otras inseguridades más profundas, la sensación constante de no pertenencia, la posibilidad de estar haciendo algo mal. Hasta las prácticas más cotidianas son nuevas y funcionan distinto. Cómo tomar un tren, cuándo cruzar una calle, qué comer, qué ponerse, a dónde ir. Muchas de las cosas que antes hacía en automático ahora debo pensarlas tanto que me ocupan demasiado espacio mental y al final solo puedo quedarme quieta frente a la computadora, con mis documentos de Word y mis revistas escaneadas del siglo XIX. Mi lugar seguro.

Es cierto que la sensación de parálisis no dura para siempre. Con el transcurrir de los meses, el lento aprendizaje del idioma, los lazos que se van tendiendo, los datos que se pasan de voz en voz, una parte de esa neblina que lo cubría todo en el comienzo se disipa lentamente. Los espacios son mojones que se van encontrando a tientas: algunas calles, algunos barrios, algunas amigas, la médica latinoamericana, la escuela de alemán, la biblioteca donde se habla en castellano, las librerías españolas, los grupos de mujeres migrantes.

Le contesté a la chica de Bumble que lo que a mí más me gusta es la naturaleza, que soy de un pueblo de montaña y que, cuando me fui, pasé más de una década extrañando los lagos. Que me encanta salir de casa, caminar un par de cuadras y tener la posibilidad, el lujo diría, de respirar adentro de un bosque. Que me gusta el silencio de ese bosque, el olor que emana de sus árboles, la *desprolijidad* de los caminos embarrados que recorro ahí adentro. Y que me gusta, también, el hecho de que ese bosque forme parte de una ciudad. Me responde desganada que sí, que a ella también le gusta la naturaleza.

Aunque quedamos en volver a hablar para tomar algo, nunca más chateamos, probablemente porque percibimos que, más allá de venir del mismo país y habitar la misma ciudad, no tenemos nada que ver. Quizás yo esperaba compartir esa sensación de extrañamiento, de no saber quién soy en este lugar. Quizá ella esperaba que le diga que yo tampoco podía vivir más en Buenos Aires.

Pero no, eso no es lo que me pasa. Aunque en Berlín descubrí que me encanta caminar sola de noche, no puedo decir aún que me sienta segura.